

Atómica flor

Por el poeta colombiano
Germán PARDO GARCÍA.

(En el *Rep. Amer.* Es honroso para nosotros recibir y publicar, este poema, el primero que en el mundo se escribe sobre la *atómica en flor*, el terrible instrumento creado por la ciencia sin amancia del hombre).



Germán Pardo García
(1948)

Un día en que los hombres sintiéronse cansados
de la invencible sombra de Dios, y del mar y la tierra;
de las constelaciones conquistadas
y del enigma de los minerales;
del sonido menos veloz que los aviones taumaturgos;
cansados de explorar los mapamundis
con sus colores de jardín naciente;
sin una soledad auténtica
ni un esquivo sendero
para salir a contemplar la tarde;
cansados de sí mismos;
dominadores y absolutos,
quisieron crear una flor cataclísmica
y ardua,
con un sol fulminante en cada pétalo;
dramáticas raíces,
y una corona inmensa que avanzara
violando las atmósferas,
aturdiendo los ámbitos,
hasta incendiar los cósmicos trigos
y exterminar estrellas pastoras,
que en el espacio original conducen
rebaños de silencio y armonía.

* *

Quisieron crear una flor sin la seda de las tibias corolas,
que en los esteros viven como ánades,
soñando siempre sueños acuáticos y azules.
Una flor sin la vegetal lujuria amazónica,
o los pantanos de color caribe.
Amedrentar la selva de agobiadores pumas,
con el peso inaudito de un girasol inhumano.
Imponerle al peligro del caimán y la hormiga;
de las arenas tembladoras
y el árbol
constrictor,
un terrible mandato.
Crear una flor de tal modo extranjera
en el monte y el llano, la vereda y el río,
que al sentirla crecer todo quedara
inmóvil;
estrangulados los pulmones verdes
por donde el tierno vegetal respira;
cegados los orígenes del agua;
extenuada la sed;
el viento paralítico,
y una desolación desconocida
lloviendo sobre todo lo creado.

* *

Y aglomeraron entonces los más sepultos zumos
de la discordia;
la fuerza total de los átomos
y el impulso de la venganza,
que se mueve
con una suave ondulación de ofidio.
Pidieron a las piedras adjetivas
lo más compacto de su dura entraña;
a los sonidos
la gran detonación que contenían;
a los venenos su demente cáliz;
a la noche
sus negros centauros,
y su delirio aritmético
a los distantes números y esforas.

Y así, con los resúmenes
abstractos y las furias positivas,
detuvieron por un instante la rotación y el movimiento;
represaron las lágrimas que habían fluído libres
desde antes de los tiempos,
y amasaron la vida con levaduras de la sangre,
para dar a esa flor
único
ser.

* *

Y un día de albas torpes y alaridos y estruendos y asaltos;
un día paupérrimo
y gemebundo;
mientras el hombre cotidiano hacía
ladrillo y cal para su breve casa;
cuando los labradores en los surcos
daban el heno a los capaces toros;
cuando se columpiaba la oropéndola
sobre el clemente valle americano,
allá donde el cerezo con la nieve
celebra al sol elementales nupcias,
se alzó súbitamente como abortada por el infierno;
danzando en los declives de las tormentas y catástrofes;
como un levantamiento de esmeraldas bélicas,
satánicos diamantes,
coléricos topacios
y bárbaros zafiros,
la atómica
flor.

* *

Atemorizadas las criaturas humillaron la frente
y hubo estupor en el activo mundo.
Los ángeles doblaron las alas victoriosas,
como al pie de los monumentos funerales;
los velos del altar se apresuraron
a defender la luz de las custodias;
la soledad cayó despedazada
bajo la esclavitud de los tumultos;
la noche tuvo luz como el más poderoso de los días;
cesó la brisa de existir como antes;
los insepultos cuerpos desfilaron
con ritmo de brumosos batallones;
fraternizaron las amargas fieras,
y el león anunció con un rugido
el fin
de su imperio.